

El advenimiento de la desolación

Por FRANCISCO MONTES BRAVO

A medida que íbamos adentrándonos—poco a poco, con balbuceos, quizá un tanto sonámbulamente— en el misterio de la vida y en los secretos de la historia, fuimos colocando cada vez más allá, rechazado, el valladar de la crisis. La visión histórica que ofrecía la «enseñanza oficial» era un ejemplo de singular penuria. En las lecciones bachillerescas, gruesos trazos de lápiz rojo anulaban las conferencias de «la edad contemporánea». A distancia ya, ahora, con una perspectiva apenas perfecta, el hecho de aquella mutilación se nos ofrece con la desnudez de un acto simbólico.

La crisis para nosotros estaba allí mismo, cercana, en los años y aun en los meses antecedentes al septiembre de 1923. No podía tratarse más que de una cuestión meramente política. Pero la ganancia de nociones referentes al último acto de la tragedia en Cuba, a la Restauración y a las violencias revolucionarias del otro septiembre, el del ochocientos, nos hizo trasladar a aquellos días la caída vertical, crítica, de una cultura, que oscuramente definíamos. Una inserción de nuestra crisis en el encadenamiento del desarrollo universal nos fué suministrada por los comentarios de la Gran Revolución. La imagen de las conexiones de Bonaparte con las ideas de los revolucionarios franceses—en el sentido de hacerlas más penetrantes y sobre todo más difusas—fué una adquisición, sin duda, muy ulterior. Hoy nos sorprende que lográramos en aquel momento, precisamente, los límites de lo que en puridad era político, y el establecimiento de una línea nítida diferencial y la separación tajante de lo teórico, causa, manantial casi sereno de posteriores aguas de turbión.

Porque un nuevo ascenso en la consideración del pasado revelaba ya la primacía de lo filosófico en la prevista evolución de la humanidad: la humanidad moderna. Admiramos en Paul Hazard la maravillosa exactitud que arrojó sobre el *dixhuitième siècle* y rindámosle aquí homenaje de gratitudes. De difícil interpretación ha sido la influencia urgente de la filosofía de entonces, la crítica universal, sobre la dinámica popular, tan inmediata, encargada de la realización y desarrollo en el terreno—la ciudad—de los ideales de aquellos teorizantes. Cabe una sola forma de explicarla; la de que la inferioridad mental, la elementalidad de aquellos pensadores hacía aptos sus conceptos para que fuesen prontamente transformados, y convirtieran la lentitud consuetudinaria en rapidez asombrosa al pasarlos de los círculos de la especulación a las entrañas de la sangre y de la carne.

Pero es que, además, la floración—flores del mal—del pensamiento europeo del siglo XVIII es una consecuencia dialéctica de la crisis filosófica del Renacimiento—y nada digamos por ahora de las «renovaciones» de Carlos Leonardo de Sismondi, ni del supuesto

«romantisme et révolution» de Charles Maurras. Formidable paradoja ésta de que una catástrofe insignificante dé origen a un estadio florido. Y es bien observar que la nomenclatura corresponde a una realidad indiscutible y no hay error cuando se hace la calificación de crisis. Trátase, efectivamente, del desplome a fondo de todo un sistema difícilmente elaborado, con renunciaciones, portador al mismo tiempo, más que ninguno, de una manera de ser y una manera de sentir. Por tanto, la cultura medieval, en junto, cae por sí propia—y por la ofensiva que pudiera haberla dirigido la cultura renacentista—como una llama que se apaga, como si al consumirse a sí misma cumpliera un designio providencial; y este aserto podría encontrar desarrollo, retrospectivamente, mejor que en ningún otro, en el claro, granítico, humilde razonamiento agustiniano.

Hubo, eso sí, más tarde, una verdadera *renascentia*, el logro de una resplandeciente hora meridional,

ove la notte in giorno si muta,

con la entronización de un concepto activo, operante, extraordinariamente ubicuo. A aquellos lugares y aquel tiempo es necesario trasladar ahora no solo la raíz de todas las abdicaciones actuales, mas también los métodos inquiridores adecuados para la obtención de toda clase de consecuencias. Pero es justamente aquí, en esta encrucijada, donde surgen las dificultades de interpretación. No se trata de un enigma filológico, ni mucho menos historiográfico, sino de un problema de pensamiento. De acuerdo todos los investigadores en el enlace Renacimiento-Humanitas (mejor aun Humanitas-Renacimiento) y en la admisión del hecho de cómo la Reforma acudió solícita a nutrir sus preliminares proposiciones en el arsenal humanístico, no sucede lo mismo cuando se intenta la aceptación del sistema Renacimiento-Reforma. Para algunos exégetas no hay duda de que nos halláramos ante dos fenómenos absolutamente distintos, faltos de la más endeble concatenación, y hasta contrapuestos—Max Scheler ha argumentado afirmativamente sobre esta tesis—; son los que establecen sin repugnancia alguna, una dependencia de la Contrarreforma del movimiento renacentista, a través igualmente del humanismo. Renacimiento y Reforma no serían nunca, por otro lado, dos ramas de un mismo tronco, siquiera de distintas primaveras, como v. gr., liberalismo y socialismo hegeliano. Parece, empero, que hay gran interés en forzar y torcer la exégesis de parte de ciertos pensadores de la Europa central. Sin embargo, hoy surge icástico y aparece cada día más evidente y distinto el nexo Renacimiento-Reforma-Revolución... Hasta llegar a los momentos actuales, sin lejanía, cuando la tremenda humanidad «padece desgana de eternización, loco apetito de goce de la vida que pasa» y «falta de un sobre-temporal *para qué* de vida, de un sentido de perpetuidad histórica y de comunión universal».

Renacimiento, Reforma, Revolución. He aquí el triángulo hacia que se dirige actualmente la mirada de los estudiosos desesperadamente esperanzada.